

SOLEMNIDAD DE SAN PABLO DE LA CRUZ 19 de octubre de 2025

250º Aniversario de su Muerte

QUERIDOS RELIGIOSOS Y RELIGIOSAS PASIONISTAS,
QUERIDOS AMIGOS DE LA FAMILIA PASIONISTA:



Este año la solemnidad de San Pablo de la Cruz nos ofrece una ocasión especial con la **conmemoración del 250º aniversario de su muerte**, que tuvo lugar en la tarde del **18 de octubre de 1775**, aquí en la Casa General, en Roma.

Queremos, ante todo, expresar nuestra gratitud al Fundador por su ejemplo de santidad y fe, por su paciencia y humildad, por su profunda vida mística y espiritual y, al mismo tiempo, por su capacidad práctica y organizativa.



Para comprender su punto de llegada y la herencia apostólica y espiritual que nos dejó, debemos sintonizar con su camino, en particular con sus últimos años de vida, que lo vieron “protagonista” y “responsable” de la Congregación, hasta el final, a pesar del deterioro gradual de su salud.

Partimos de 1769, recordando la participación de Pablo de la Cruz en la Misión popular de Santa María *in Trastevere*, en Roma, a causa de la insistente petición del Cardenal Vicario, que quiso que predicase a pesar de que se encontraba débil e indispuesto. El resultado fue clamorosamente positivo, con una gran participación del pueblo y muchas conversiones. Esta fue la última misión en la que participó activamente.

En la primavera de 1770 encontramos a Pablo ocupado en los viajes para la fundación del Monasterio de las Monjas Pasionistas de Clausura de Tarquinia (en ese momento era todavía un proyecto que se realizará solo el año siguiente) y la última visita canónica a las comunidades del Monte Argentario (que debido a la mala estación tuvo que hacer en parte por barco, desde Civitavecchia a Montalto, después a caballo hasta Orbetello y finalmente a pie). Pablo terminó de este largo viaje cada vez más debilitado y maltrecho y, desde diciembre de 1770 hasta el verano de 1773, permaneció “*clavado en el lecho con dolores*”.

Precisamente en los últimos cinco años de su vida, que vivió casi totalmente como “*enfermo*”, obtuvo resultados largamente esperados, como la fundación del Monasterio de las Claustrales Pasionistas (en Tarquinia, el 3 de mayo de 1771), la fundación de “*un retiro*” en Roma (con la toma de posesión de la casa de los Ss. Juan y Pablo, el 9 de diciembre de 1773), la nueva aprobación de las Reglas por parte del Pontífice (con la Bula del Papa Pío VI, del 15 de septiembre de 1775).

Fueron para él años de consuelo por la consolidación de la Congregación (que contaba con más de un centenar de religiosos repartidos en doce retiros), por la amistad y la confianza de los Pontífices (que le



concedieron audiencias y vinieron a visitarlo a los Ss. Juan y Pablo), por el apoyo y la ayuda de muchos amigos y bienhechores. Pero, al mismo tiempo, no faltaron momentos de tristeza y de llanto, como por la muerte del P. Marco Aurelio Pastorelli (el 16 de marzo de 1774), el último de sus “*compañeros de la primera hora*”, y luego por la inesperada muerte del “*máximo*” de los bienhechores de la Congregación, el Papa Clemente XIV (el 22 de septiembre de 1774).

En 1775, encontramos a Pablo enfermo, atrapado en el lecho “en su habitación” de los Ss. Juan y Pablo, pero todavía empeñado en guiar la Congregación como Fundador y Superior General.

La primera parte del año estará para él llena de actividad, con eventos significativos como la visita del nuevo Papa Pío VI (el 5 de marzo de 1775); las múltiples visitas de amigos y bienhechores, conocidos y peregrinos a Roma con ocasión del Jubileo; las celebraciones del Capítulo General (12-15 de mayo de 1775) y de los Capítulos de las dos Provincias, del “*Patrimonio*” y de “*Marítima y Campaña*” (los días 15 y 16 de mayo).

Había convocado todos los Capítulos en Roma, en la Casa General, para encontrarse personalmente con todos los Superiores y Capitulares, y dejarles sus palabras de esperanza sobre el futuro de la Congregación.

Antes del Capítulo General, Pablo, aunque débil, se había comprometido con ayuda de algún hermano, a revisar paso a paso las Reglas de la Congregación, para promover mejoras, para que fueran aprobadas por el voto capitular y presentadas después al Santo Padre. Con ello, Pablo “miraba al futuro”, impulsado por el deseo de hacer la vida pasionista “más vivible”, temiendo que algunas rigideces o una excesiva radicalidad pudieran resultar insoportables para los futuros religiosos.

El Capítulo General no estuvo de acuerdo con esta “*visión*” de Pablo, rechazando muchas de sus peticiones de modificación de las Reglas,



encontrando sin embargo en él una total adhesión a las decisiones capitulares. Lo mismo sucedió de cara a su reelección como Superior General: era su clara intención terminar su mandato con el Capítulo General su mandato; pero no fue posible, porque a pesar de sus protestas y súplicas, fue reelegido por votación unánime en el primer escrutinio y confirmado por un Rescripto especial del Pontífice Pío VI.

Después del Capítulo General, la situación de su salud no le permitió hacer nada más. Con dificultad pudo celebrar su última misa el 15 de junio de 1775, solemnidad del *Corpus Christi*, en la capilla contigua a su habitación.

Con la llegada del verano de 1775, su situación se agravó debido a la imposibilidad de alimentarse regularmente, y comenzó el declive gradual que lo llevará a la muerte. Su debilidad se vio acompañada de dolores de diverso tipo que él describió con la expresión: *“Me parece que mi alma quiere separarse del pecho; en todo mi cuerpo ya no quedan cuatro dedos de espacio libre y sin dolor”*.

A pesar de esta situación, él *“todavía se interesaba por todo, dictaba cartas al secretario, daba advertencias a los religiosos y hacía discursos a la comunidad”*, y continuaba recibiendo algunas visitas, especialmente de prelados y eclesiásticos, así como de amigos y bienhechores. Gran parte del tiempo lo pasaba en silencio, en la oración y contemplación.

Hacia finales de agosto su debilidad alcanzó un nivel extremo y, por sugerencia del médico, que consideraba su fin ya cercano, Pablo pidió poder recibir el Viático.

La mañana del 30 de agosto pidió que convocaran a todos los religiosos de la comunidad en su habitación pues *“quiso tener el placer de comulgar en presencia de toda la familia religiosa; pero deseaba que le trajeran la Santa Comunión desde la iglesia para decirles a todos sus últimos*



sentimientos, pedir perdón como Superior de la Congregación y hacer la Profesión de Fe". Pidió a los religiosos que trajeran el Santísimo desde la Basílica con una procesión solemne, con candelabros y baldaquino, y así se hizo.

En presencia de la Eucaristía, Pablo levantó los brazos exclamando: "*¡Mi querido Jesús! ...Yo manifiesto que quiero vivir y quiero morir en la comunión de la Santa Iglesia*" y después, en voz alta, recitó el Credo. Luego añadió: "*ya que yo durante tantos años he regulado nuestra Congregación, quiero dar los últimos y principales recuerdos*". Entonces transmitió a los presentes lo que conocemos como el "*TESTAMENTO ESPIRITUAL DE SAN PABLO DE LA CRUZ*".

Es interesante notar que, aunque agotado por la debilidad y los dolores, Pablo vivió este momento espiritual con gran júbilo, lucidez y claridad, renovando su fe y transmitiendo a sus hermanos indicaciones capitales para el futuro de la vida de la Congregación.

Después de este día, la vida de Pablo continuó debilitándose cada vez más por la enfermedad. Inmóvil, con los miembros exhaustos y doloridos, multiplicaba los actos de abandono: "*No deseo ni vivir ni morir, sino solo lo que quiere mi buen Dios*".

A quien venía a visitarlo, le comunicaba un estado de ánimo sereno y tranquilo, solía decir: "*a vosotros os desagrada mi mal, a mí nada*"; "*Sit tempus nostrum advenit, moriamur fortiter! No le temo a la muerte, las gallinas temen morir*".

El 29 de septiembre pidió poder recibir el Viático nuevamente y al final pidió que llamaran al Primer Consultor General, al Procurador y al Rector y les dijo: "*muero contento porque dejo la Congregación en sus manos, se la encomiendo, pero les recomiendo que amen a la Congregación y la observancia*".



En el mes de octubre estaba ya cerca del final, viviendo días de silencio y dolor, en un clima de oración y recogimiento.

La tarde del 7 de octubre *“se reconcilió, porque al día siguiente quería recibir la extremaunción. Se preparó con gran recogimiento interior. El día 8, dedicado a la Maternidad de María Santísima, el Padre Juan María, hacia las 14,30, con la asistencia de toda la comunidad, después de que el Padre Vicente le trajese a la memoria los efectos de este sacramento, le dieron el Santo Óleo. Pablo, durante el rito, estaba con las manos juntas y derramaba abundantes lágrimas”*.

La mañana del 18 de octubre quiso recibir la Comunión, y luego le pidió al Hermano Bartolomé que no dejara entrar a nadie *“porque quería estar solo, en un santo silencio para tratar con su Dios”*.

Hacia el mediodía, llegó el obispo pasionista, Monseñor Tomás Struzzi, cuya visita alegró mucho a Pablo, que lo estaba esperando, pues sabía que estaba en camino desde hacía días.

Después de hablar con el Obispo, no había pasado todavía una hora, Pablo entró en los últimos instantes de su vida, asistido espiritualmente por los religiosos de la comunidad.

“Mientras tanto el Padre Pablo estaba con los ojos abiertos y dirigidos hacia la gran imagen del Crucificado que estaba y está actualmente todavía colgada en la pared de su habitación, al lado izquierdo de la cama, completamente sonriente y alegre, como si no fuera él quien tuviera que morir”.

“De repente se encendió grandemente su rostro con ojos resplandecientes y, con aire lleno de júbilo, hizo señas con las manos a los que estaban cerca, para que dejaran paso y luego invitaba con una mano a que se acercasen a él... Los presentes intuyeron que se trataba de una visión”.



“Media hora antes de que expirase, Monseñor Struzzieri, interpretando el deseo común, suplicó al moribundo: «¡Padre Pablo, recuerde en el Paraíso a la pobre Congregación por la que tanto ha trabajado y a todos nosotros, sus pobres hijos!». Y el Santo con fervor muy particular hizo una señal de asentimiento”.

“Un cuarto de hora antes de que muriera cerró los ojos y mostró un rostro sonriente, como en dulce sueño. En esta actitud expiró plácidamente, sin que nadie se diera cuenta, y quedó con su rostro dirigido hacia el Crucificado. Murió en su habitación que mira a la fachada de la Basílica. Sonaban las 16,45 del miércoles 18 de octubre 1775”.

La conmemoración del 250º aniversario de la muerte de San Pablo de la Cruz nos ofrece la ocasión de reconocer en él un don especial para la Iglesia y, al mismo tiempo, nos invita a asumir nuestra responsabilidad para recoger su herencia y sus expectativas para la vida de la Congregación.

Agradecemos al Fundador los “*recuerdos*” que ha querido dejarnos a sus hijos en su “*Testamento espiritual*”, para ayudarnos a salvaguardar, en la historia personal e institucional, la finalidad de nuestra vocación, “*promover la Memoria de la Pasión del Señor para la salvación de las almas*”.

Recogiendo, pues, las recomendaciones del Fundador, podemos resumirlas en tres actitudes: *amarnos unos a otros en el amor de Jesucristo, amar a la Iglesia y amar a la Congregación*.

Ante todo, está la llamada fundamental a que los religiosos de la Congregación tomen en serio “el mandamiento nuevo” de Jesús: “*que os améis unos a otros; como yo os he amado, amaos también unos a otros. En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os amáis unos a otros*” (cf. Jn 13,34-35). Esto nos remite a la identidad de nuestra vocación personal y comunitaria, que no está ante todo dirigida a un servicio a la Iglesia



o a la sociedad, sino a la fraternidad evangélica que testimonia la cercanía del Reino de Dios.

El Fundador lo entrega a cada Pasionista como su primer deseo: *“He aquí, mis queridos hermanos, lo que yo deseo con todo el afecto de mi pobre corazón de vosotros que os encontráis aquí presentes, de todos los demás que ya llevan este hábito de penitencia y luto en memoria de la Pasión y muerte de Jesucristo, nuestro amabilísimo Redentor, y de todos los que serán llamados por Dios a esta pobre Congregación y pequeño rebaño de Jesucristo”*.

Al Fundador no se le escapaban las dificultades que la vida fraterna puede presentar, invitando a cada Pasionista, de ayer y de hoy, a radicar su vocación en el amor de Cristo. Convertirse en “discípulos del Señor” no es algo automático, sino que nace de la acogida y del compartir de la predilección que Dios ha manifestado por cada uno de nosotros.

También está la invitación del Fundador a vivir *“con gran premura un filial afecto hacia la Santa Madre Iglesia, y una completa sumisión al jefe visible de la misma, el Sumo Pontífice; para ello orarán de día y de noche y procurarán cooperar y ayudar a las almas a salvarse, en la medida de lo posible, según el Instituto, promoviendo en el corazón de todos la devoción a la Pasión de Jesucristo y a los dolores de María Santísima”*.

Este amor por la Iglesia es para nosotros una llamada a comprometernos a servir a las comunidades cristianas donde trabajamos, como lo hizo él, viviendo el “carisma de la Pasión”. Nuestra colaboración con la Iglesia en sus diversas expresiones locales se expresa a través de nuestra presencia carismática, que tiene como objetivo la salvación del pueblo, con el anuncio del amor de Dios revelado en la Pasión de Jesús. No podemos ser simples agentes pastorales al servicio de las necesidades de las Iglesias locales. Debemos custodiar siempre nuestra identidad específica que es la *“Memoria Passionis”*. Desde aquí se puede juzgar el valor y el futuro de nuestras actividades apostólicas, que no pueden ser ni



genéricas ni ocasionales. Amar a la Iglesia significa ofrecerle nuestro auténtico servicio como pasionistas, que nace de la Pasión de Jesús, pasa a través del sufrimiento de nuestros hermanos y hermanas e iluminándolo con el anuncio salvífico de Cristo crucificado y resucitado.

En su Testamento, el Fundador entrega a sus hijos la Congregación de la Pasión, pidiéndoles la amen, la custodien, la defiendan y la hagan crecer. San Pablo de la Cruz terminó su vida de manera serena y confiada, consciente de que la Obra inspirada por Dios y querida por la Virgen Dolorosa, sería llevada adelante por sus sucesores.

Durante su vida, sin embargo, se encontró con grandes incertidumbres y dificultades que ralentizaron la fundación, sin perder nunca la confianza y la esperanza.

En 1752, escribiendo al Sr. Tomás Fossi, Pablo le confiaba su temor de no poder llevar a cabo la fundación, pero al mismo tiempo estaba convencido de que la Obra comenzada sería realizada por su Inspirador: *“ahora no espero sino la muerte y la creo más cercana de lo que piensan mis amigos. Pero antes espero beber un gran cáliz de amarguras, que se dulcificarán resignándome al divino querer: ver por los suelos la obra comenzada, porque me estoy preparando para ello y lo espero en paz, en la confianza de que una vez que me pongan en el sepulcro, el Señor suscitará a otro”*.

En 1775, ya al final de su vida, confiará a su hija espiritual Rosa Calabresi: *“Yo, por gracia de Dios, no me desanimo, pero espero firmemente en la misericordia de Dios, por los méritos de la Pasión de Jesucristo”*. Da testimonio de que Dios siempre le había provisto en todas sus necesidades, tanto para sí mismo, como para la Congregación: *“Cuando éramos pocos, Dios nos proveía para unos pocos; cuando muchos, para muchos”*.

También nosotros hoy tenemos motivos para estar preocupados por el futuro de nuestra Congregación, por las dificultades que encontramos dentro y fuera, por nuestros limitados recursos, pero no debemos dejar



de verla, como la Obra de Dios realizada por Pablo de la Cruz, más con las virtudes de la Fe y de la Esperanza, que con sus capacidades humanas. Amamos, pues, a nuestra Congregación, trabajamos por ella y, si es necesario, sufrimos por ella, mirándola siempre con los ojos de la Esperanza, que nos sostiene en la fidelidad a nuestra vocación, a pesar de nuestras limitaciones e incertidumbres.

Del Testamento del Fundador surge también su especial gratitud por aquellos que le habían ayudado a él y a la Congregación con su generosidad y profesionalidad, concediéndoles los bienes espirituales de nuestra Congregación. Por lo tanto, no debe sorprendernos que en su lecho de muerte nuestro fundador haya reservado una promesa especial para la familia del noble Antonio Frattini y el Dr. Giuliani. *“Dejo como memoria testamentaria que el día de la muerte del dicho Señor Antonio y de su consorte, la Señora Águeda, a quien deseo con todo mi pobre corazón y ruego al Señor larga vida, se haga en esta iglesia al funeral y que todos los religiosos hagan los mismos sufragios que están prescritos por la regla para los difuntos de la misma Congregación. ... Y como también estoy tan agradecido al Señor Doctor Giuliani, que con tanta caridad me ha asistido en mis largas enfermedades, dejo también como memoria testamentaria que si él quisiera retirarse entre nosotros para esperar a los pies del Crucificado y prepararse para una santa muerte, sea amorosamente recibido y tratado y amado con toda caridad”*.

La presencia de estos *“Laicos Pasionistas”* en el Testamento de San Pablo de la Cruz, arroja una luz sobre todas aquellas personas que a lo largo de la historia de la Congregación, en diversos lugares y momentos, han compartido y sostenido con su presencia y generosidad, la misión de nuestras comunidades. Más que ser una excepción, es una constante que aún hoy da fuerza y apoyo al Carisma Pasionista.



Celebrando los 250 años de la muerte de San Pablo de la Cruz, queremos renovarle nuestra gratitud por su ejemplo y su obra, dejándonos interpelar por su Testamento asumiendo seriamente en nuestro corazón lo que nos ha transmitido y confiándonos a su intercesión, por nosotros y por la Congregación, como él nos prometió: *“Yo os dejo y os estaré esperando a todos en el santo Paraíso donde rezaré siempre...”*.

Para ayudarnos en la preparación de la Solemnidad del Fundador, el Consejo General ha decidido acompañar la Novena con un momento de oración y reflexión que será transmitido, cada día, desde la habitación de San Pablo de la Cruz, a través de la plataforma digital *Passiochristi*. El deseo es entrar en la habitación donde el Fundador vivió los últimos momentos de su vida, haciendo nuestra la experiencia de los hermanos que, por expresa voluntad suya, le acompañaron en la oración y en la trepidación, cargados de Fe y de Esperanza.

Encomendamos, pues, el camino de la Familia Pasionista a la intercesión de aquella que desde el principio acompañó la inspiración del Fundador, haciendo nuestra la invocación que él mismo expresó en su Testamento:

*“Y vos, Virgen Inmaculada y Reina de los Mártires,
por los dolores que sufristeis en la Pasión
de vuestro querido Hijo,
concedednos a todos vuestra maternal bendición.*

Yo a todos los pongo y los dejo bajo la protección de vuestro manto”.

Amen.

P. Giuseppe Adobati, C.P.
Superior General

Retiro de los Ss. Juan y Pablo, Roma
7 de octubre de 2025
Memoria de la Beata Virgen María del Rosario.